



Rosario Robles

Poderes fácticos

Un abrazo cariñoso a mi querida Martha Eugenia. También para Alfredo y Catalina

En los últimos días, en el país se han sucedido una serie de acontecimientos que demuestran la debilidad del Estado y la fuerza de los poderes de facto. Más allá de lo anecdótico. Más allá del desorden y de la falta de rumbo, lo cierto es que cada vez se ratifica lo que hoy muchos aceptan (aunque hasta hace muy poco sólo la izquierda era promotora de esta idea, y por cierto cuestionada por ello): la existencia de un "Estado fallido", que no es otra cosa que la consecuencia de la decisión tomada por los gobiernos neoliberales de abdicar de sus responsabilidades, de privatizar la cosa pública, de acotarla, de reducir la política a un mero pragmatismo carente de una visión de largo plazo y de un proyecto nacional. Achicar el Estado se convirtió así en afán sin importar que cada espacio abandonado era ocupado por otros, cuyos intereses particulares empezaron poco a poco a prevalecer y a colocarse por encima de los de la nación. El Estado renunció a su función social, a su capacidad reguladora, a su vocación de equilibrio. Dejó a un lado el interés público y de repente se convirtió en cabildero de privados, en agente oficioso de unos cuantos. Se abandonó la responsabilidad social y la obligación de garantizar los derechos de todos los mexicanos,

afianzando con ello a la ruptura del tejido social, su descomposición.

Este deterioro se logró paliar durante algún tiempo con simples aspirinas: con migajas o con las reservas enviadas por los paisanos desde otro país que no es el suyo pero que les dio durante años oportunidad de sobrevivir. La izquierda contribuyó a que el descontento generado por la creciente desigualdad tuviera un cauce institucional, pacífico. Pero todo eso tiene un límite, porque las instituciones (como dijo un clásico, y no por cierto por decisión suya) hace mucho que se fueron al diablo. Lo de menos, entonces, es el robo a los trenes para hacerse de maíz y frijol. Lo grave es que esa pobreza sea utilizada por la delincuencia organizada para tejer sus redes y defender sus intereses, tal como sucedió recientemente en Monterrey. Ahí, donde el Estado dejó de hacer su trabajo es donde hay campo fértil para que lleguen otros y por unas cuantas monedas se aprovechen de la gente. Pero éstos poderes ilícitos no son los únicos que han sentado sus reales en el país. Hay otros que están acostumbrados a mandar, a que el Estado se les someta, a que gobernantes y funcionarios sean sus representantes, a que sean sus intereses los que imperen. Eso es lo que está detrás del escándalo de Luis Téllez (el negocio multimillonario de las telecomunicaciones); es también lo que animó al hombre más rico de México a convertirse en agorero de la crisis. Es lo que se evidenció con la decisión del IFE

de no aplicar la ley con relación a las televisoras. El Estado está roto, el tejido social también.

La reconstrucción del entramado social y de las instituciones no se logra entonces con visiones militares y simples llamados a cumplir la ley. Es necesario algo diferente. Primero, es indispensable recuperar la visión de Estado, entender que cada acción pública por muy pequeña que sea puede fortalecerlo o debilitarlo. Que hasta en lo más sutil hay que ser extremadamente cuidadosos porque a veces sin querer se contribuye a minarlo. Segundo, hay que recuperar la responsabilidad social del Estado. Su compromiso con la República. Con un proyecto nacional que reconoce que es el único capaz de moderar abusos, de castigar impunidades, de fomentar equilibrios. Es el que tiene los recursos para articular estrategias de desarrollo regional, humano y social que impidan que la delincuencia teja sus propias redes. El que puede lograr que los individuos (por muy ilícitos que sean sus intereses) moderen su codicia, su avaricia. En algún momento de la historia, hubo que separar al Estado de la Iglesia. Hoy es necesario disociarlo de estos poderes fácticos. Independizarlo para que vuelva a ser el representante de todos y no sólo de una minoría. Urge refundarlo. Pero ese gran cambio no vendrá de arriba, de ese mundo de intereses y complicidades. Sólo puede ser gestado desde abajo. Desde la sociedad, desde lo ciudadano. ■M

robles@mileniodiario.com.mx



**El Estado
renunció
a su función
social,
a su
capacidad
reguladora,
a su vocación
de equilibrio.
Dejó
a un lado
el interés
público y se
convirtió en
cabildero de
particulares**



LUIS MIGUEL MORALES